

Política e historia en los tiempos de la globalización.

Entre la postmodernidad y las identidades culturales

GILBERTO QUINTERO*

Resumen

El presente ensayo está dirigido a discutir las implicaciones que para los actuales desarrollos políticos y socio-culturales tiene a escala planetaria el fenómeno histórico denominado Globalización. Ello, porque a decir de los especialistas en el tema, la Globalización pretende, a partir del creciente estrechamiento de los mercados, los intercambios y la producción, construir un nuevo orden mundial que se caracterizaría por la presencia, en todas las sociedades actualmente existentes en el planeta, de los patrones socio-culturales y las prácticas políticas propias de las naciones occidentales altamente desarrolladas, produciendo con ello tanto ganadores como perdedores. Y ello afecta, a decir de los pensadores postmodernistas, la vigencia de los paradigmas generados dentro del campo de estudio de las ciencias sociales en el ámbito de la modernidad; particularmente de la ciencia histórica.

Palabras clave: Globalización, modernidad, postmodernidad, paradigmas, nueva historia.

Abstract

The present test is directed to discuss the implications that stop the present political developments and sociocultural it has on planetary scale the historical phenomenon denominatated Globalization. It, because to say of the specialists in the subject, the Globalization tries, from the increasing narrowing of the markets, the interchanges and the production, to as much construct a new world order that would be characterized by the presence, in all the at the moment existing societies in the planet, of the sociocultural patterns and the own political practices of the western nations highly developed, producing with it winning as losing. And it affects, to say of the postmodernist thinkers, the use of the paradigms generated within the field of study of social sciences in the scope of modernity; particularly of historical science.

Key words: Globalization, modernity, post modernity, paradigms, the new history.

HOY EN DÍA ESTÁ DE MODA EN LOS MEDIOS ACADÉMICOS Y DE comunicación masiva (*mass media*) hablar del fenómeno de la Globalización, llamado también por algunos Mundialización. Esto, a pesar de no ser un fenómeno nuevo sino viejo, pues, se trata de un proceso histórico continuo que en la actualidad amenaza con llegar a sus últimas consecuencias: esto es, la conformación de un orden socio-político, económico, cultural y hasta ideológico más o menos homogéneo a escala planetaria; al menos en sus líneas maestras y estructurales. De hecho, en el siglo V a.d.J., al examinar las motivaciones, significación y sentido de la contienda que libraron entre sí las ciudades-estados (*Polis*) griegas agrupadas tanto en la Liga del Peloponeso como en la Confederación de Delos, conocida como la *Guerra del Peloponeso* (431-404 a.d.J.), el historiador ateniense Tucídides hablaba de que esa guerra era la más importante de todas las que se habían librado en territorio helénico, entre otras razones, porque le parecía que la misma representaba el movimiento y la tendencia general de la historia universal en el sentido de pasar de la multiplicidad de poderes, sociedades y culturas a una unidad completa: es decir, una sola sociedad humana con un solo sistema político y unos mismos valores socio-culturales, más o menos standarizados, en todas partes del mundo. En otras palabras, se trataba de retornar al uno primigenio, de transitar del caos general al cosmos universal, y ello se debería lograr mediante la práctica de la política en su más encarnada expresión: la imposición de la civilización más avanzada sobre las demás y su predominio absoluto.¹ De modo que la globalización que actualmente estamos viviendo no sería otra cosa que la mera actualización de ese afán de dominio y cuya concreción histórica en términos de meta del devenir humano sería encarnar el cosmos: esto es, el orden primitivo originario contrapuesto al caos de la multiplicidad.

Viéndolo desde una perspectiva política y recordando el planteamiento tucidideano que grosso modo hemos señalado, se pudiera inferir que el problema central del devenir humano (su finalidad última) estribaría en la transformación de una inicial pluralidad de estados –surgidos espontáneamente del fondo de un caos original– en uno solo, de carácter ecuménico y omnipotente en cuanto al grado de concentración del poder político. Por ello, no tendría nada casual la tendencia histórica universal que subyace al actual proceso de globalización y que afecta por igual a todas las esferas de la existencia humana: especialmente los ámbitos de la economía y de la política, en los cuales la mayoría de los especialistas han concentrado su reflexión sobre el fenómeno en cuestión. Por lo mismo, la idea de un mundo global (la “aldeas global” dijo en los años setenta del siglo XX Marshall Mac Luhan) en el que todos

los individuos son afectados por igual a raíz de hechos ocurridos en puntos distantes del planeta ha adquirido gran vigor en la última década del siglo XX y primera del XXI.

Empero, la expansión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, el impulso renovado a la apertura de los intercambios comerciales y financieros entre las naciones y el desarrollo renovado de los medios de transporte son evidencias que parecieran indicar que la globalización del planeta, entendida como el creciente paso de las relaciones humanas de diversa índole desde las esferas nacionales y regionales a la escala mundial, fuese algo relativamente reciente y hasta novedoso. De ello no cabe duda, al menos en lo que se refiere a las décadas de transición del siglo XX al siglo XXI (años ochenta y noventa), durante los cuales el mundo ha presenciado como la realidad interna de las naciones ha quedado fuertemente condicionada por su contexto externo de realizaciones, debido a su vinculación cada vez más estrecha con el mismo tal como lo muestran, entre otros factores, la expansión del comercio, las operaciones transnacionales de las empresas industriales y de tecnología de punta, la integración creciente de las plazas financieras en un megamercado de alcance planetario y el espectacular desarrollo de la información.²

No obstante lo anterior, cabe insistir en que el fenómeno como tal no es nada nuevo, a pesar de la dimensión mundial (planetaria) que ha alcanzado. Al contrario, tiene una antigüedad de al menos cinco siglos, cuando, por primera vez en la historia de la humanidad terrestre se verificaron simultáneamente dos condiciones: el aumento de la productividad del trabajo en una región específica del planeta, Europa, que desde entonces se expandió al resto de los continentes en los siglos subsiguientes, y la creación, precisamente por vía de la expansión comercial y ultramarina del llamado “viejo mundo”, de un primer orden mundial³. Desde entonces se ha venido desarrollando el dilema fundamental de las relaciones (interacciones) entre el ámbito interno y el contexto mundial como condicionantes principales del desarrollo y el subdesarrollo de los países y del reparto del poder, en escala planetaria, entre los mismos. Y esta situación afecta todas las esferas de la existencia humana, incluyendo lo cultural y lo ideológico.

Precisamente en este último ámbito se inscribe el presente ensayo. Porque busca explicar como afecta el actual proceso de globalización el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina y los retos que plantea a las mismas, especialmente a la Historia. Esto en razón de que los globalizadores, aliados de los intelectuales postmodernos, han cuestionado el papel de las

ciencias sociales en el sentido de estimar que tales disciplinas no tendrían otra función que la de instrumentalizar, en un sentido pragmático y productivo, la conducta de cada persona; no de conocer, explicar y hacer comprensible la realidad en sus componentes y en su devenir. Desde luego, la Historia como disciplina de lo humano no escapa a este cuestionamiento, tanto en su pertinencia epistemológica como en su utilidad social. De estos asuntos hablamos en los siguientes apartados.

Las dos caras de la globalización: opulencia y miseria; hegemonía imperial y resistencia cultural

Asomarnos a la ventana de los nuevos tiempos que ya corren puede resultar muy traumático si lo hacemos desde una perspectiva epistemológica tradicional, obviando por ello los fundamentos existenciales de las tendencias históricas dominantes y substituyéndoles por las bases conceptuales de la academia tradicional (dicotomías capitalismo-socialismo, liberalismo-revolución proletaria). Y es que la propagación hacia todos los rincones del planeta de las nuevas tecnologías, el nivel y la calidad de vida opulenta de gran parte de la población en Estados Unidos y Europa, que provoca la envidia de los países del hasta hace poco llamado Tercer Mundo, y la creciente demanda mundial de insumos energéticos y de materias primas y elaboradas están configurando, progresivamente, una nueva forma de vida en todos los rincones del mundo cualitativamente distinta a las ya conocidas. En definitiva, se trata de una suerte de nuevo consenso de intereses entre las élites hegemónicas de las sociedades altamente industrializadas con sus propios sectores medios y con las élites y sectores medios de las sociedades en vías de desarrollo que va más allá de las relaciones meramente institucionales entre los Estados-naciones, ubicándose contextualmente en los propios individuos: sujetos aún nacionales que, sin embargo, tienden a enlazarse entre sí por medio de una serie de superestructuras que están por encima de sus propias convicciones⁴. Beck lo explica de la siguiente manera:

¿Se puede decir que lo que fue la lucha de clases en el siglo XIX para el movimiento obrero es la cuestión de la globalización en el umbral del siglo XX (sic) para las empresas que operan a nivel tradicional?

¿Por qué la globalización significa politización? Porque la puesta en escena de la globalización permite a los empresarios y sus asociados

reconquistar y volver a disponer del poder negociador política y socialmente domesticado del capitalismo democráticamente organizado. La globalización posibilita eso que sin duda estuvo siempre presente en el capitalismo, pero que se mantuvo en estado larvado durante la fase de domesticación por la sociedad estatal y democrática: que los empresarios, sobre todo los que se mueven a nivel planetario, puedan desempeñar un papel clave en la configuración no sólo de la economía, sino también de la sociedad en su conjunto, aun cuando sólo fuera por el poder que tienen para privar a la sociedad de sus recursos materiales (capital, impuestos, puestos de trabajo).⁵

Lo anterior es plausible si tomamos en cuenta que la economía transnacionalizada, por su mismo carácter de actuar a escala mundial, socava por igual los cimientos de las economías y los propios Estados nacionales. Ello desencadena, a su vez, un nuevo tipo de politización y de cultura política de alcance completamente inédito y de consecuencias imprevisibles. Y es que con la caída del muro de Berlín y la desintegración del imperio soviético algunos intelectuales, como Francis Fukuyama, pensaron que había llegado el fin de la historia y, por consiguiente, de la política, en el sentido de que todos los problemas se tratarían y resolverían continuamente (*per saecula saeculorum*) de acuerdo a los cánones y reglas de la democracia liberal y del modo de producción capitalista, dando nacimiento así a nueva era situada más allá del debate capitalismo-socialismo y de la búsqueda de la utopía perdida; de la siempre añorada emancipación⁶. Muy al contrario, el término “globalización”, actualmente omnipresente en toda manifestación pública, no apunta precisamente al final de la política sino a una “...salida de lo político del marco categorial del Estado nacional y del sistema de roles al uso de eso que se ha dado en llamar el quehacer ‘político’ y ‘no político’”.⁷

En efecto, independientemente del contenido del discurso propio de la globalización con relación a la economía, los mercados financieros, la competencia, el empleo, la producción y la prestación de los servicios, las tecnologías de punta y los diversos aspectos de la vida en general, saltan a la vista de manera puntual las importantes consecuencias políticas de la mundialización de la economía:

Los presupuestos del Estado asistencial y del sistema de pensiones, de la ayuda social y de la política municipal de infraestructuras, así como el poder organizado de los sindicatos, el superelaborado sistema de nego-

ciación de la autonomía laboral, el gasto público, el sistema impositivo y la “justicia impositiva”, todo ello se disuelve y resuelve bajo el sol del desierto de la globalización en una (exigencia de) configurabilidad política. Todos los actores sociales deben reaccionar y dar una respuesta concreta en este ámbito, donde curiosamente las respuestas no siguen ya el viejo esquema derecha-izquierda de la práctica política.⁸

Sea como fuere, lo cierto es que la futura sociedad nacional será hija de la Globalización, dada la presencia tan insólita de los intercambios económicos hoy en día. De hecho, fuerzas emergentes de la sociedad rehacen, con insusos y desechos de variada procedencia, aspectos trascendentales de la vida política y social en todos los estadios humanos conocidos, hasta el punto que un número cada vez mayor de personas usan Internet, televisión por cable, telefonía móvil y fija celular, cajeros bancarios y otros productos derivados del inmenso desarrollo técnico-científico operado en la segunda mitad del siglo XX. Y ello ha sido unos de los factores provocadores de la Globalización al haber ampliado las posibilidades de comunicación y de información en todos los rincones del planeta y, con ello, la de negociar rápidamente cualquier mercancía en cualquier parte del mundo.

Pero la Globalización afecta también lo socio-cultural. Ello es así en la medida en que las sociedades están siendo abordadas por una oleada de innovaciones al alcance de un elevado número de personas y, naturalmente, la sola posibilidad de acceder a ellas de forma casi inmediata condiciona los comportamientos sociales responsablemente asumidos. Este fenómeno cultural, o si se prefiere, transcultural, no deja de crispar ánimos y provocar recelos en gran parte de la comunidad internacional. Por ello, para muchos especialistas en el tema, la teoría de la globalización no es un mero enfoque mediático de las nuevas teorías del caos, sino que su influencia es percibida en términos psico-sociales, describiéndola como un mecanismo generador de comportamientos sociales ajenos a la lealtad tradicional de los hombres por los valores del *establishment*. Inclusive, algunos psicólogos sociales anuncian el nacimiento de un ciclo de desbordamiento de satisfacción de necesidades reprimidas por siglos de divisiones y castraciones sociales, el inicio de la recuperación de la soberanía particular de cada individuo y el encuentro con valores superiores, ajenos a su propia cultura. De hecho, los más místicos y esotéricos dirían que la Globalización es un escape dimensional de las fronteras nacionales.⁹

De todos modos la incertidumbre y el recelo no dejan de estar presentes, pero estamos hablando de nuevas formas humanas de interrelación que están

fundiendo valores en una especie de intereses ajenos a los tradicionales y porque la pregunta clave que todos se hacen es si la Globalización nos enriquecerá a todos o sólo a una parte de la población mundial; o nos empobrecerá aún más. En este sentido, Paul Streeten ha señalado que la Globalización inevitablemente producirá ganadores y perdedores básicos, aunque no absolutos. En este particular, ubica como ganadores básicos a Asia oriental y sudeste, Europa y América del Norte; los mercados internacionales, las grandes empresas transnacionalizadas, la producción, la utilidad, la cultura occidental globalizada, las personas con activos, los trabajadores calificados, las firmas y empleados flexibles, los tecno-especialistas, los que no dependen de servicios públicos, los varones y los acreedores. Como perdedores básicos figuran en su clasificación África, América Latina y el Caribe; las comunidades locales, las pequeñas empresas, el empleo, los salarios, la cultura local, las personas sin activos, los trabajadores no calificados, las firmas y empleados rígidos, los productores básicos, los que dependen de servicios públicos, las mujeres y los deudores.¹⁰

Desde luego, esta clasificación señala tendencias, no realidades absolutas, pues, por ejemplo, basta que una mujer sea una empresaria exitosa, con activos que le permitan pagar servicios privados, para no entrar en el cuadro de “perdedores”. En realidad, Streeten lo que quiere explicar es que la mujer, como la parte desigualmente retribuida de los dos géneros en el juego económico, es una perdedora básica. En todo caso, lo señalado por Streeten no hace más que recalcar que la Globalización genera por igual oportunidades comerciales, de inversión, de aprovechamiento económico del desarrollo tecnológico, de intercambio cultural y mayor contacto humano y acceso a la creciente riqueza de la información y del conocimiento; como también riesgos, ambigüedad y competencia y no necesariamente orden, estabilidad y certidumbre. Y en esto consiste precisamente las dos caras de la Globalización, causante de los hechos controversiales que actualmente presenciamos y/o padecemos.

Y es que el mundo se está mezclando de una forma insólita y paradójica, a tenor de las dos caras que hemos señalado. Así, en las últimas elecciones presidenciales estadounidenses (7 de noviembre de 2000) se vio sorpresivamente el coqueteo de los líderes del Partido Republicano con los votantes de origen latinoamericano. En Francia, los agricultores se paralizaron de tiempo en tiempo en protesta contra la medida extraterritorial de liberación arancelaria de la Unión Europea. En Gran Bretaña se arrestó al ex-dictador Augusto Pinochet Ugarte por delitos de lesa humanidad cometidos en Chile contra nativos de Europa durante los años de su mandato: una medida judicial que los

propios ciudadanos chilenos jamás se habrían atrevido a tomar en su propia tierra. Lo mismo cabe decir del ex-mandatario yugoslavo Slobodan Milosevic, juzgado también por delitos de lesa humanidad por el Tribunal Internacional de La Haya. La China comunista apertura sus mercados, dando lugar con ello a lo que el historiador Ismael Cejas Armas ha denominado como la “economía socialista de mercado”. Empresarios textiles y de otras manufacturas montan fábricas en Vietnam y en otras regiones del Sudeste asiático, creciendo cada vez más el desplazamiento de gran parte de los sectores fabriles de industrias de mano de obra intensiva hacia países en desarrollo con bajos salarios: tal es el caso de las empresas del calzado, vestuario y ensamblaje de productos electrónicos. Igualmente aumenta la proliferación de pequeñas fábricas especializadas en todas las regiones del mundo, haciendo posible la adquisición por cualquier comprador interesado de los componentes de exportación por ellas elaborados. De modo que no importa mucho si se trata de países comunistas o con tendencias contrarias a las potencias capitalistas hegemónicas: sólo es relevante la decisión de los inversionistas y sus cálculos sobre la posibilidad de riesgo, sin importar mucho los que los propios nacionales piensen o crean sobre su propia independencia cultural.

Por otro lado, los países se están interconectando a través de los nuevos sistemas de comunicación satelital. Al mismo tiempo, el uso de Internet tiene un crecimiento exponencial tal, que para finales del siglo XX y comienzo del XXI ya cuenta con más de cien millones de usuarios. Paradójicamente, a tiempo que estas innovaciones ocurren y fuerzan a todos los países al cambio so pena de quedar aislados, en varias regiones provoca desempleo, quiebra de empresas e incremento de la pobreza previamente existente; todo ello agravado con la destrucción del medio ambiente y del desarrollo de guerras interétnicas y religiosas o por la independencia de pueblos sometidos a determinados Estados. Tal es el caso de los conflictos ocurridos en Palestina-Israel, Turquía, Chechenia, Kosovo, Bosnia, Indonesia, Singapur, Cachemira, Afganistán y Ceilán.

Como se ve, luce inevitable la apertura de las economías nacionales, a riesgos de quedar aisladas o de entrar en colapso. Por ello, estamos frente a una corriente internacional que afecta de manera directa los llamados “intereses nacionales”, que no son otra cosa que grupos de presión diversos, afectos o no a los gobiernos de turno, que aprovechan la ventaja de la exclusividad de mercadería a expensas del anhelo de los consumidores por contar con opciones en calidad, cantidad y precios. Como quiera que la Globalización de la economía y de los mercados financieros afecta duramente a las políticas

económicas proteccionistas, ello obliga a la competitividad entre los diversos actores, produciendo a partir de aquí cambios estructurales en la sociedad. El comportamiento de la economía mundial, en definitiva, apunta hacia el desplazamiento de empleos e industrias desde las naciones más prósperas hacia las pobres. Éstos, en el marco de la redimensión de estructuras que plantea el fenómeno globalizador y que tiende a convertirlos en un campo atractivo para las nuevas inversiones, tienen el reto de emprender reformas decisivas en sus desgastadas instituciones políticas, económicas y socio-culturales, adaptándolas a las exigencias de la inversión foránea sin perder la propia capacidad de control soberano.¹²

La Globalización, como proceso histórico en pleno desarrollo, ciertamente reformula nuestros conceptos sobre consumo, trabajo y soberanía nacional. Centra su atención en el individuo proveyéndolo de soberanía propia y particular, al que tiende a fortalecer en tanto productor-consumidor y convirtiendo a posibles enemigos nacionales en aliados comerciales. En definitiva, el crecimiento económico y la búsqueda de mayores niveles de vida es el *leitmotiv* de las políticas estatales.

Por todo lo dicho anteriormente, se concluye que el mundo del presente inmediato y del futuro que se avecina difícilmente represente el perfil de las viejas concepciones sociológicas de la modernidad (siglos XIX y XX), sustentadoras de las teorías del capitalismo imperialista, dado que en los países centrales y en algunos de la periferia las principales empresas nacionales se han transnacionalizado, además de que varias de ellas se han fusionado entre sí, acrecentando así su poder y su participación en el mercado mundial. Y ellas, desde luego, representan intereses supranacionales. Lo que no significa que la Globalización per se sea una panacea: como lo ha mostrado la historia de la última década del siglo XX ella no resuelve todos los males de esta era, especialmente la pobreza, las guerras y las crecientes desigualdades entre los países y al interior de ellos. Ello, pese a que los teóricos de la Globalización piensan que el mayor bien que puede aportar este movimiento no sea tanto la proliferación de la riqueza material como la extensión de la promesa de paz. Y es que para estos teóricos el comercio internacional es una posibilidad de garantía de paz entre los pueblos y culturas del planeta, dado los beneficios que reportaría a todas las partes que convergieran en dicho ámbito, contribuyendo además a neutralizar la natural tendencia a la violencia que tiene la condición humana.

Más bien se considera por parte de los intelectuales pro globalización, que el problema básico estribaría en el hecho de que de no producirse el mis-

mo ritmo de cambios económicos en el resto de los factores y componentes de la vida social, fundamentalmente en la política, difícilmente cualquier Estado podrá controlar las variables de estabilización macrosocial expuestas, una vez ingresado al complejo mundo global. De ahí que consideren que el más grande riesgo para la economía globalizada sea precisamente la existencia aún de políticos profesionales, especialmente los que tengan una mentalidad conservadora o tradicional, calificada por lo mismo de “jurásica”. Esto es, aquellos que son partidarios o del socialismo en cualquiera de sus modalidades, incluidos en esta categoría los partidarios de la llamada Tercera Vía, propuesta por el sociólogo inglés Anthony Giddens y suscrita como doctrina política por el actual Primer Ministro del Reino Unido, Tony Blair; o de algún grado de intervencionismo estatal dentro del contexto de la economía de mercado; o del viejo y desacreditado Estado de Bienestar Social y de Derecho. Aunque, paradójicamente, mientras mayor sea el intercambio económico entre los países, mayores serán los requerimientos de regulación política, ajustados por supuesto a los nuevos intereses. Ello es así porque la senda de la Globalización, tal como lo muestra la experiencia histórica concreta reciente, obliga a la redefinición de lo político y de lo socio-cultural. Las fronteras nacionales se están erosionando y la mayoría de los gobiernos han venido privatizando las empresas estatales y liberalizando los mercados nacionales. Las barreras al comercio y a las inversiones tienden a derrumbarse progresivamente, a tiempo que las grandes empresas mundiales integran sus estrategias globales en los mercados de capital mundializados, intensificando así la competencia y ampliando las opciones de los consumidores. Estos últimos, con fuerza cada vez más creciente, están haciendo valer su propio poder de decisión, obligando a cambios en las estructuras hegemónicas de poder que sostienen sus propias sociedades a fin de hacerlas más aptas para enfrentar los retos que plantea, de cara al futuro, el proceso de Globalización.

Ahora bien, dentro de este contexto: ¿cómo queda la ciencia de la Historia?; ¿qué papel juega con relación a nuestros propios pueblos y países. El conocimiento histórico, frente a los avances cada vez más crecientes de las telecomunicaciones y la expansión de la información que la Globalización propicia y estimula, queda cuestionado por aparentemente innecesario e, inclusive, hasta inútil como saber. Esto, a decir de los intelectuales defensores y promotores de los procesos de Globalización, que no son otros que los pensadores postmodernos.

Estos últimos consideran al conocimiento histórico como no pertinente desde el punto de vista social, ya que no pasa de ser un simple “metarrelato”

del devenir humano construido a partir de la imaginación del historiador y sobre la base de unos cuantos testimonios fragmentarios que, por lo mismo, son insuficientes para reconstruirlo integral y cabalmente y, menos aún, para explicarlo y hacerlo comprensible objetivamente. La prueba de esta afirmación sería que los supuestos teóricos o epistemológicos sobre los cuales se levanta dicho discurso entraron en crisis con la caída del mundo socialista y la no resolución de los graves problemas sociales que afectan a gran parte de la humanidad, pese a la formulación de complejas e injudiosas teorías sociales (formuladas para transformar la realidad social concreta injusta) a partir del uso de la “razón instrumental” (ciencia básica y tecnológica).

De modo que frente a la quiebra de los paradigmas tradicionales proponen la construcción de uno nuevo que ponga el acento, no en la elaboración de modelos teóricos universales (tipo marxismo, funcionalismo o estructuralismo) que hagan comprensible la conducta humana colectiva, sino en la construcción socio-cultural de los individuos productivos (pro activos), emprendedores, eficientes y dóciles consumidores. De tal suerte que la ciencia de lo social dejaría de ser un conocimiento para formar individuos con pensamiento crítico y, en su lugar, más bien propender a la estructuración de seres simplemente instrumentalizados.

Pero, además, la Historia y los historiadores profesionales no harían falta porque, hoy en día, para saber lo que ocurrió y está ocurriendo, tanto a nivel de la humanidad global como de cada una de las colectividades que la integran, basta con prestar atención a la masa de información que a diario circula por los medios masivos de comunicación telemáticos, electrónicos y audiovisuales. Con el agregado de que los “opinadores mediáticos” (tipo Carlos Fernández, Napoleón Bravo, César Miguel Rondón, Manuel Caballero, Marta Colomina, Ibéyesi Pacheco, Patricia Poleo, Jurate Rosales, Carlos Croes, por sólo mencionar algunos en el caso de la sociedad venezolana), cual si se tratara de científicos sociales bien formados con la debida propiedad, se ocuparían de escudriñar las motivaciones e implicaciones de lo que está ocurriendo.

No obstante todo lo anterior, sostenemos que aunque pudiera existir una crisis del paradigma científico de la Historia y de las ciencias sociales en general, ésta no ha perdido en modo alguno su valor y pertinencia social. De discutir esto nos ocupamos a continuación.

Historia, política e identidad cultural en el siglo XXI

Como hemos ya acotado, la Globalización es fundamentalmente la etapa de turno inscrita en el proceso histórico de la humanidad, la cual estamos viviendo. Por ello, es dable pensar que no pasará de moda por anticuada, sino que estará presente para dar curso y vigencia a las etapas que el mismo proceso irá generando. Pero si lo vemos más bien como un paradigma susceptible de ser convertido en un proyecto ideológico que hoy está de moda y en el cual se escudan o se justifican políticas nacionales e internacionales, es muy probable que su contenido mañana se vuelva anticuado. Ello, sin desconocer que su poder de realización, al fin y al cabo sospechoso y oculto, afecta por igual todos los procesos sociales, políticos, económicos y culturales que se desenvuelven a la vista del mundo, configurando así la conciencia e imagen de aquella aldea global de la cual hablara pioneramente Marshall Mac Luhan. Con todo, la creencia en la formación de una sociedad planetaria es desmentida por la experiencia histórica concreta: proliferan las guerras tanto entre las naciones como internamente (guerras civiles), que profundizan las divisiones sociales.

Dentro de ese proceso, al estudiar los efectos de la Globalización en la esfera de lo político, salta a la vista la constante competencia entre dicha tendencia (en tanto proceso histórico continuo) y las distintas identidades societales. Solo que la historia universal, después de cierta época, se llena de cosmopolita acción militar (guerras) que tiene su origen en la necesidad de internacionalizar cada vez más profundamente el conocimiento, la industria y las finanzas de las potencias centrales en los territorios de su periferia. De lo cual algunos especialistas han deducido que el Estado-Nación a la larga debe desaparecer, pues constituye un obstáculo más para la concreción definitiva y radical de la mundialización.¹³

Pero la experiencia histórica práctica de las dos últimas décadas del siglo XX demuestra que la Globalización es un proceso mundial desigual y de largo plazo, que se desarrolla de manera diferente en las distintas esferas de la acción de las sociedades: la economía, la política, la seguridad y la cultura. Con el agravante de que, aunque parezca irónico, ha tendido a incrementar los niveles de desigualdad existentes en el mundo. Justo cuando se suponía que el “triumfo” de la “democracia” y la apertura de los mercados marcarían el comienzo de una nueva era de libertades y oportunidades, todavía el 80% de la población mundial vive en países que generan sólo el 20% del producto interno bruto del planeta. Por eso es que la política de la Globalización aún depende en buena medida del principio básico de la nacionalidad: de facto,

aunque cada país es parte de un mercado intercomunicado, dada las dos caras del proceso globalizador se hace indispensable fortalecer la existencia y el modo de ser de cada entidad societal.

Lo anterior nos remite luego a la necesidad de fortalecer la consciencia de procedencia, identidad y pertenencia socio-cultural y, en ello, juega papel crucial la Historia (en cada individuo) como conocimiento y comprensión del devenir humano y la condición humana. Pero el rol de la ciencia histórica, como hemos dicho, ha sido cuestionado por los pensadores postmodernos. Y es que la Postmodernidad trajo consigo el culto a la intuición y la confianza de obtener la comprensión de lo experimental y de lo cultural a través de la subjetividad del investigador: personaje que, de acuerdo con esta tendencia filosófica, debe renunciar a la razón “ilustrada” (tecno-científica) para procurar un conocimiento que le permita adaptarse a las condiciones impuestas por la naturaleza humana y extrahumana, sin pretender dominar estas dos dimensiones de la naturaleza.

Todos los fundamentos filosóficos que los pensadores occidentales de los siglos XVIII y XIX aportaron para construir el paradigma de la Modernidad, esto es, el uso de la razón instrumental como forma de conocer y dominar la naturaleza y de resolver los conflictos sociales en función de alcanzar niveles y calidades de vida dignos para todos los hombres, se ven cuestionados por el pensamiento postmoderno en aras de reinterpretar al hombre y a las diversas manifestaciones de su quehacer socio-cultural. La Historia, al estar directamente comprometida con el estudio del devenir humano (las experiencias y acciones humanas en el tiempo), desde luego no escapa al cuestionamiento postmoderno y globalizador. Tal es la pretensión de la postmodernidad a decir de Mardones:

La postmodernidad quiere ser, si escuchamos a algunos de sus mentores, una reescritura de la sociedad y la cultura moderna... se trata de cancelar la concepción de la razón, la historia, la sociedad, el hombre y el arte que llevaba consigo la modernidad. Toda una revolución cultural, epocal, que tiene que sacudir los cimientos de las instituciones modernas.¹⁴

Esta manera de abordar la realidad explica por qué ha generado inconformidad entre algunos historiadores occidentales con relación a los logros y alcances de la historiografía del siglo XX, por lo que han comenzado a cuestionar la pertinencia de los estudios realizados bajo el enfoque paradigmático de la llamada Escuela de los Annales. En este sentido, plantean combinar los pre-

supuestos paradigmáticos de la historiografía contemporánea con nuevos enfoques metodológicos como la “historia de las mentalidades” y la “historia de lo sensible”. Otros historiadores europeos van más allá y se niegan a indagar en los problemas sociales para centrar su investigación en la reconstrucción de las manifestaciones culturales del pasado.¹⁵

Los historiadores occidentales que transitan la senda de la Globalización, desde una perspectiva filosófica postmoderna piensan que el conocimiento histórico (al igual que el producido por el resto de las llamadas ciencias sociales) padece una profunda crisis paradigmática, que se expresa en los siguientes términos: el agotamiento de los géneros historiográficos tradicionales, la decadencia de la objetividad absoluta, el rechazo a la búsqueda prioritaria de las causas de la historia en su base material, y los cambios que se han introducido en la manera de relatarse la historia.

Como se ve, de lo que se trata es de obviar los planteamientos teóricos y metodológicos del materialismo histórico y de la Escuela de los Annales para dar paso a un nuevo modelo historiográfico que no termina de aclararse. No conforme con este objetivo, los historiadores postmodernos pretenden que esta crisis paradigmática de la Historia, que se gesta y desarrolla específicamente en Europa como consecuencia de la irrupción del paradigma postmoderno, sea vista y sentida como una crisis de alcance universal.¹⁶ De modo que un problema particular y específico de la historiografía europea se traslada de manera unilateral al resto del mundo. Con el agravante de que la solución que se propone se concibe en términos globalizadores: es decir, se ofrece una misma respuesta para todos los contextos históricos e historiográficos como si de estar a la moda se tratara. Al respecto, el historiador Carlos Barros es tajante:

habría que decir que la renovación historiográfica, venga de donde venga, sólo puede ser global, no puede triunfar encerrada en los viejos Estados-nacionales. Las iniciativas historiográficas pueden ser promovidas desde cualquier país pero sólo avanzan cuando adquieren una dimensión internacional, mundial/global. Sea desde la periferia, sea desde el centro... las innovaciones precisan ser globales en sus dimensiones y contenidos.¹⁷

Como se puede deducir de la anterior afirmación de Barros, al igual que los ideólogos de la Globalización, quienes pretenden imponer la uniformidad del pensamiento (pensamiento único lo denominan los críticos y detractores de la

Globalización) para resolver los problemas internacionales de diversa y variada índole, los historiadores postmodernos también aspiran a concretar una suerte de uniformidad historiográfica. Así, mientras la Globalización pareciera perseguir, en la práctica, la eliminación de la diversidad cultural e imponer el modelo civilizatorio occidental como inclusivo, los historiadores postmodernos buscan crear un nuevo paradigma historiográfico que sea común para todos los contextos socio-culturales. Empero:

La eventual consecuencia de esta imposición historiográfica en la América Latina sería la continuidad de los estudios históricos eurocéntricos, pues los temas, metodologías y géneros historiográficos que se “acepten” a escala mundial, van a ser los que establezcan las escuelas historiográficas pertenecientes a los países industrializados. Es en estos países donde existen mayores incentivos para la investigación y divulgación de estudios históricos, situación que coloca en desventaja a los historiadores latinoamericanos al momento de debatir cuál debe ser el tipo de historia que queremos generalizar mundialmente.¹⁸

De manera que también en el plano historiográfico las relaciones entre el centro y la periferia generan igualmente la asunción de un determinado orden historiográfico que, hasta la fecha, se ha caracterizado por reconstruir la historia de los “vencedores” antes de que la de los “vencidos”. Y ello con independencia de que se pretenda construir la nueva historiografía sobre la base del paradigma científico emergente: esto es, uno que persigue conformar una racionalidad a la vez múltiple y sistemática, fundada en la interdisciplinariedad que supone el estudio de la compleja red de relaciones que integran la realidad del hombre.¹⁹

En realidad, a nuestro juicio, más que existir una crisis paradigmática de la Historia, tal como lo pregonan los historiadores posmodernistas, lo que hay es el despliegue de formas diversas de acercarnos a lo histórico-social. Primero, porque el cambio de paradigma comenzó a producirse a partir de los años treinta del siglo XX, cuando los historiadores franceses Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1886-1944) cuestionaron el paradigma historicista (llamado también paradigma rankeano, por el historiador alemán Leopold von Ranke, 1795-1886, su más excelso representante). Lo que en las décadas subsiguientes, especialmente entre 1970 y 1990, originó una suerte de revolución en la disciplina historiográfica.²⁰ En segundo término, porque lo que se ha desarrollado son formas alternas, metodológicas y teóricas de acceder al

conocimiento y explicación del devenir humano; montadas a partir del paradigma historiográfico de las teorías socio-históricas existentes, pero haciendo énfasis en la dimensión intimista del individuo aislado.

En efecto, Febvre y Bloch, por contraposición a la historia eminentemente política y narrativa propia del historicismo, propiciaron y estimularon el desarrollo de los estudios de historia económica y social montada sobre la consideración de las estructuras de larga duración. Es decir, aquellas que cambian o se transforman muy lentamente y que comprenden el paisaje geográfico, el contexto espiritual-ideológico y la base material que conforman el marco general en el que los pueblos se desarrollan. De acuerdo con las teorías desarrolladas por los fundadores de los *Annales* y sus discípulos más renombrados como Fernand Braudel, es un hecho concomitante que las estructuras y su movimiento sirven para explicar las formas de dominación, los modos de producción, las componendas políticas, los conflictos sociales y muchos otros sucesos que han merecido la atención de la historia narrativa tradicional, haciendo posible llegar al sentido más profundo de su devenir.²¹

En definitiva, los fundadores de *Annales d'histoire économique et sociale* y sus entusiastas seguidores llamaron la atención sobre la necesidad de reorientar los estudios del pasado hacia la esfera mental e ideológica y hacia los factores de más larga duración, de permanencia mucho más continua en el trasfondo del devenir, lo que se ha llamado “el tejido de Clío”.

A continuación, por el constante flujo y reflujo de las ideas y de los modelos de interpretación, ocurre durante los años 80 del siglo XX la irrupción de nuevas propuestas metodológicas que, para la posmodernistas prefiguran, de alguna manera, la crisis de los paradigmas vivida con ocasión de la caída del muro de Berlín y el fin de los regímenes socialistas en Europa oriental. Se conoce este fenómeno innovador con la etiqueta, bastante vaga, por cierto, de la Nueva Historia, o Historia Total, o Historia Estructural, o Historia Analítica. La misma, por contraposición a la historia tradicional o “rankeana”, se caracteriza por estudiar tanto los aspectos del devenir humano que siempre habían sido abordados (política, economía, sociedad y cultura de élites) por ella como los inéditos, tales como la pobreza, la niñez, la muerte, la locura, el cuerpo, el clima, los gustos, la limpieza, la suciedad, etc.; por hacer énfasis en la explicación y comprensión estructural del devenir objeto de estudio antes que en su simple descripción o narración; por estudiar al común de las gentes en su cotidianidades, representaciones e imaginarios y no exclusivamente a las élites; por usar un conjunto de fuentes más amplio y variado que las empleadas en los estudios históricos tradicionales; por fundamentar la explica-

ción histórica no sólo en los deseos, expectativas e intenciones de los actores del drama humano, sino también en una serie de factores contingentes y de tendencias contextuales que rodean a los individuos; y por haber renunciado a la cuestionable aspiración de construir un conocimiento objetivo, pues, su presupuesto epistemológico básico es la idea del relativismo cultural. Es decir, que todo aquello que antes se consideraba como inmutable, ahora se ve como una construcción cultural. Por ende, sometida a variaciones en el tiempo y en el espacio, ya que la realidad está social y culturalmente constituida.²²

Precisamente, la noción de relativismo cultural es lo que explica la reciente convergencia interdisciplinaria de la Historia con el resto de las ciencias que estudian al hombre como entidad socio-cultural. Ella también explica el surgimiento, como expresando la voluntad de quebrar los esquemas marxistoides –a veces demasiado rígidos– de los nuevos y diversos géneros historiográficos, los cuales han puesto de relieve una serie de testimonios, actores sociales y facetas de la vida cotidiana que generalmente se había dejado al margen o que debían ser retomados bajo nuevos parámetros. Esta renovación historiográfica ha traído consigo después del resurgimiento de la historia narrativa: solo que poniendo el énfasis en los individuos como núcleo del discurso, pero añadiendo a lo episódico toda una dimensión intimista que abarca los aspectos psicológicos, espirituales, carnavalescos, las actitudes ante la muerte, las concepciones del más allá, etc.²³

Es evidente la importancia de esos factores intimistas o componentes interiores que ayudan a explicar la situación de los individuos y los grupos sociales en cualquier tiempo. Al respecto, Lawrence Stone, historiador inglés de Oxford y uno de los sistematizadores del llamado método prosopográfico de la investigación histórica, ha hecho el siguiente señalamiento:

Si mi diagnóstico es correcto, el desplazamiento hacia la narrativa por parte de los “nuevos historiadores” señala el fin de una era: el término del intento por producir una explicación coherente y científica sobre las transformaciones del pasado. Los modelos del determinismo histórico, los cuales se basan en la economía, la demografía o la sociología, se han derrumbado frente a las pruebas; pero ningún modelo completamente determinista sustentado en alguna otra ciencia social –la política, la psicología o la antropología– ha surgido para ocupar su lugar. El estructuralismo y el funcionalismo no han resultado ser mucho mejores en lo absoluto. La metodología cuantitativa se ha mostrado semejante a una caña bastante frágil que sólo puede responder a un conjunto imitado de problemas.²⁴

Como se ve, la reflexión de Stone apunta a advertirnos de la dificultad básica que existe para un entendimiento cabal de la historia a partir del manejo o la subordinación a ciertos esquemas apriorísticos, los cuales funcionan como anteojeras destinadas a llevar el vehículo por una sola y preestablecida dirección. Por consiguiente, nos llama más bien a ser abiertos, a estar permeables a cualquier atajo o desviación proveniente del empirismo de las fuentes y testimonios con que estemos trabajando. Porque, a fin de cuentas, y según la feliz afirmación de Lucien Febvre, la justificación de la Historia como disciplina científica y su pertinencia social es comprender y hacer comprensible el devenir humano.²⁵ Porque la comprensión del pasado es el entendimiento del presente y nos permite movernos con mayor claridad hacia el porvenir. De lo contrario, corremos el riesgo de actuar a ciegas en la vida y terminar perdiendo el control de nuestros propios actos.

Hoy es evidente, aún es estos tiempos de globalización, que si un pueblo no ha conocido y menos comprendido su pasado y no sabe cómo y por qué ha llegado a ser lo que es, no estará en capacidad de prever y menos afrontar con más o menos idoneidad y solvencia su futuro inmediato. Luego la Historia es necesaria, a pesar de no ser “inocente”. Por esto mismo, las naciones se ven a veces obligadas a recuperar su memoria colectiva que le había sido arrebatada, ocultada o falsificada. Ésta no es ninguna afirmación banal, pues, cuando se les pretende aprisionar, lo primero que hacen los pretendidos pontífices de la legítima representación socio-política es falsificarle o arrebatarle la imprescindible experiencia que significa su historia. De ahí que la Historia rigurosamente bien trabajada y que concierne a todos los hombres, es vital para una colectividad que quiera ser libre en su destino, manteniendo una relación de equidad y de convivencia pacífica con las restantes colectividades que pueblan el planeta. Y esto es válido aún en los tiempos actuales que ahora corren.

Notas y referencias bibliohemerográficas

- 1 Sobre la concepción histórica de Tucídides véase mi trabajo: *Filosofía, historiografía y política en el pensamiento historiador griego. Tucídides y su concepción del devenir humano*. Mérida (Venezuela), Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Escuela de derecho, Departamento de Metodología y Filosofía del Derecho, 1992 (mimeografiado), pp. 256-306.

- 2 Vid. Ulrich Beck: *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo. Respuestas a la Globalización.* (Bernardo Moreno y María Rosa Borrás, trad.). Barcelona (España), Ediciones Paidós Ibérica, 1998 (Original alemán: *Was ist Globalisierung? Irrtümer des Globalismus- Antworten auf Globalisierung.* Francfort del Meno, Suhrkamp Verlag, 1997), pp. 45-48. Véase también: Fernando Mires: *La revolución que nadie soñó o la otra postmodernidad.* Caracas, Nueva Sociedad, 1996.
- 3 Vid. Aldo Ferrer: *Historia de la Globalización. Orígenes del Orden Económico Mundial.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1996.
- 4 Vid. Ulrich Beck: *Op.cit.*, pp. 15-23 y 99-159; Fernando Mires: *Op.cit.*, pp. 119-176.
- 5 Ulrich Beck: *Ibid*, p. 16.
- 6 Vid. Francis Fukuyama: *El fin de la historia y e último hombre.* Madrid, Planeta, 1992.
- 7 Idem. Véase también al respecto: Anthony Giddens. *Jenseits von Links und Rechts. Die Zukunft radikales Demokratie.* Francfort del Meno, Suhrkamp, 1997.
- 8 Ulrich Beck: *Op.cit.*, p. 15.
- 9 Vid. Kaldone G. Nweihed: *Globalización: dos rostros y una máscara.* Caracas, Universidad Simón Bolívar- Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1999, pp. 73-93. Cfr. Ulrich Beck: *Op.cit.*, pp. 99-126; Fernando Mires: *Op.cit.*, pp. 55-89. Véase también: Néstor García Canclini: *Culturas en la Globalización. América Latina-Europa-Estados Unidos: libre comercio e integración.* Caracas, Editorial Nueva Sociedad –Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) Seminario de estudios de la Cultura (CNCA), 1996.
- 10 Vid. Paul Streeten: “Quién gana y quién pierde en la Globalización”. *Boletín de la Integración 1* (Caracas, Instituto de Altos estudios de la América Latina –Universidad Simón Bolívar, abril de 1997), pp. 8 y ss.
- 11 Vid. Ismael Cejas Armas: *China: la economía socialista de mercado.* Mérida (Venezuela), Universidad de los Andes, Grupo de Investigación Sobre África y Asia, 2001.
- 12 Vid. Fernando Mires: *Op.cit.*, pp. 13-52; Ulrich Beck: *Op.cit.*, pp. 182-212; Kaldone G. Nweihed: *Op.cit.*, pp. 129-143.
- 13 Vid. Kaldone G. Nweihed: *Op.cit.*, pp. 145-158.
- 14 Miguel Mardones: *El cristianismo frente a la postmodernidad.* Bilbao (España), Editorial Sal Térrea, 1988, p. 17.
- 15 Vid. Carlos Barros: “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”, en Página web: <http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/paradigma-comun.htm> 22 de febrero del 2001.

- 16 Vid. Miguel Martínez: *El paradigma emergente: hacia una nueva teoría de la racionalidad científica*. México, Trillas, 1999. Cfr. Edgardo Lander: “Eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento social latinoamericano”, en Roberto Briceño y Heinz Sonntag (editores): *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*. Caracas, Nueva Sociedad, 1998, pp. 91 y ss.
- 17 Carlos Barros: “El retorno de la historia”, en Página web <http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/articulos/nuevoparadigma/retornohistoria.htm> 22 de febrero de 2001.
- 18 Reyber Antonio Parra Contreras, José Larez Rubio y Magdelis M. Vera-Monzant: *Desajustes entre la historiografía postmoderna y la realidad social latinoamericana*. Maracaibo, 2002 (mimeografiado).
- 19 Véase: Miguel Martínez: *Op.cit.*, p. 24.
- 20 Vid. Peter Burke: *The french historical revolution. The “Annales” School*. Stanford (California), Stanford University Press, 1991.
- 21 Vid. Fernand Braudel: *La historia y las ciencias sociales*. (Josefina Gómez Mendoza, trad.) Madrid, Alianza Editorial, 1968 (Original francés, 1958); *Escritos sobre historia* (Angelina Martín del campo, trad.). México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- 22 Vid. Peter Burke y otros: *Formas de hacer historia*. (José Luis Gil Aristu, trad.). Madrid, Alianza editorial, 1996 (Alianza Universidad, 765) (Original inglés: *New perspectives on Historical Writing*. Polity Press, 1991), pp. 11-37.
- 23 Jacques Le Goff (director): *La nouvelle histoire*. Bruxelles, editions Complexe, 1988. Cfr. Roger Chartier: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. (Claudia Ferrari, trad.). 3ra. reimpresión. Barcelona (España), Gedisa, 1996 (Col. Cladema- Ciencias Sociales); Sonia Corcuera de Mancera: *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. México, Fondo de Cultura económica, 1997 (Sección de Obras de Historia), pp. 163 y ss.
- 24 Lawrence Stone: *El pasado y el presente*. (Lorenzo Aldrete Bernal, trad.) México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p 115.
- 25 Vid. Lucien Febvre: *Combates por la historia*. 4ta. ed. (Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullol, trad.). Barcelona (España), Ariel, 1970 (Col. Ariel Quienecnal, 35) (Original francés: *Combats pour l’histoire*. Paris, Librairie Armand Colin, 1953), pp. 165-174.